

ESTUDIOS

ANGLOSAJONES Y SOVIETICOS ANTE LOS PROBLEMAS DE LA POBLACION

Los últimos hechos internacionales invitan a pensar que los contrastes entre los dos grandes bloques mundiales, capitaneados por Estados Unidos y Rusia, el mundo anglosajón y el mundo soviético, han entrado en una fase de suavización. Pero ello se refiere a los problemas del momento; quedan otros en que es difícil el acercamiento, sobre todo de orden ideológico y aun respecto de algunas otras cuestiones de gran trascendencia para el porvenir de la humanidad. Entre estos problemas resalta el hoy tan agitado de la población. ¿Cuál es la actitud ideológica y práctica de los dos bloques irreductibles ante el problema de la población? En ambos aspectos el contraste es evidente. Presentarlo es el objeto de este artículo. Ello ha de servir para estimular a los católicos a profundizar y difundir los principios cristianos sobre los aspectos económicos, morales, políticos e internacionales de la población, al contemplar las posiciones de uno y otro campo, que comprometen con gravísimo peligro el porvenir de la civilización cristiana.

Los anglosajones y la difusión de las ideas maltusianas.

Aunque la burguesía francesa primero y luego las demás clases sociales francesas fueron las primeras en aplicar el neo-

maltusianismo, con la consiguiente disminución de la natalidad, fácil sería probar que la cuna de las ideas y de la propaganda radica en el mundo anglosajón, que se ha mostrado muy aventajado en la erección de asociaciones e instituciones maltusianas. Pero nos queremos referir solamente a los momentos actuales. Existe en Estados Unidos la Federación Americana para la Planificación de los Nacimientos; funcionan por lo menos 537 clínicas para el control de la natalidad, en que se dan informes sobre los métodos anti-concepcionistas, y son 27 los Estados de la Unión que oficialmente en su legislación permiten este control.

Quizás los dos propagandistas más fanáticos del control de la natalidad se pueden encontrar en Estados Unidos. En 1948 se publicaron allí los dos libros más sonados sobre la materia, que han tenido un gran éxito editorial. El de Tairfield Osborn, "Our Plundered Planet", en que se afirma categóricamente que la naturaleza terminará por aniquilar al hombre si éste no disminuye la presión demográfica, y para quien la única solución posible, lógica y exacta es el control de la natalidad, que se debería aplicar inmediatamente; y el de William Vogt, "Road to Survival", en que pinta el trágico destino de nuestro planeta, que ya no puede dar más alimento a la humanidad, y hace de la urgentísima necesidad del control de los nacimientos el eje central de su tesis.

En este ambiente de ideas neomaltusianas, que han penetrado hondamente en elementos oficiales, no es de extrañar que brotase una gran oposición a la tesis defendida por Josué de Castro, eminente economista brasileño, decididamente antimaltusiano, presidente de la F. A. O., según la cual no es la sobrepoblación lo que produce el hambre y la miseria, sino todo lo contrario: es el hambre y la miseria lo que causa la sobrepoblación; por consiguiente, lo que hay que remediar es el hambre y la miseria y lo que no hay que hacer es controlar la natalidad. Su obra "Geopolítica del hambre", publicada también en Estados Unidos, suscitó numerosos escritos en contra de su tesis. Aunque hay eminentes demógrafos no maltusianos que no están plenamente con-

vencidos de los argumentos fisiológicos con que De Castro quiere probar que el hambre produce superpoblación, con todo, las réplicas norteamericanas a su tesis demuestran un enconado espíritu neomaltusiano: afirman que su concepto de fertilidad es un mito, que tiene una profunda ignorancia de la dinámica de la población; que ignora los hechos básicos de la economía, la ecología y la demografía; que ha sido víctima de buenas intenciones y mala técnica; que su tesis es fantástica y contraria a todos los estudios demográficos; que si la política de la Organización para la Agricultura y Alimentación, que preside, ignora las leyes de la reproducción humana, sabotea a los que combaten en el frente de la población, no permite que se gane la batalla contra el hambre e invita a los contribuyentes del mundo a dejar de apoyar a las Naciones Unidas, pues no van a apoyar con su dinero un programa destinado a fracasar.

Pero los norteamericanos no se contentan con reservar para sí las ideas y las prácticas maltusianas. Es verdad que los intelectuales y las industriales de Estados Unidos gastaron mucho dinero, actividad y entusiasmo en convencer a los negros y a los inmigrantes pobres de que no les convenía tener hijos y en facilitarles los medios de evitarlos; las familias blancas, para conservar la hegemonía del país, más que intensificar la fecundidad de sus mujeres, prefirieron disminuir la de los negros, inmigrantes y pobres; hicieron del maltusianismo una espada para conservar la hegemonía. Pero lo curioso es que mientras en estos últimos años ha aumentado notablemente la natalidad en Estados Unidos, de allí sale un gran apostolado neomaltusiano para todas las partes del mundo. A la par que dan ayuda económica, dan también consejos para restringir la población, para remediar el paro y el hambre. Para dar tinte científico a estos consejos no les faltan demógrafos más bien mediocres y economistas algo obtusos, unos y otros sin escrúpulos.

Vogt, el autor citado, funcionario de la Unión Panamericana, ha llegado a afirmar rotundamente que el plan Marshall tenía que haberse aplicado solamente a aquellos países que precisamente se hubieran comprometido a aplicar un plan

enérgico de restricción de nacimientos; que los norteamericanos han de ayudar a muchas naciones para que restrinjan drásticamente su población. Raymond Cartier ha hablado también de un plan Marshall anticoncepcionista.

Gaston Bouthoul en sus obras felicita a Francia de haber dado el ejemplo de desarme demográfico, de haber demostrado sus efectos pacificadores, y la invita a hacerse de nuevo su promotora; por eso ante el aumento reciente de la natalidad en Francia la pone en guardia contra su intemperancia demográfica y se lamenta de que tenga una legislación familiar que está contribuyendo a la elevación de la natalidad.

Los anglosajones están propagando la idea de que la superpoblación es la guerra. Para demostrarlo se hace el proceso de la política poblacionista de las tres potencias del eje, de la inflación demográfica promovida por sus dictadores, con lo cual se quiere demostrar que una nación con fuerte natalidad se hace fatalmente agresiva. Pero en contra de esta tesis se tienen la evidencia de que fué el Japón el que atacó a la China, que tenía más natalidad que aquél, y fué Alemania la que atacó a una nación más prolífica, Polonia. Por su parte, los franceses sacan de la historia la lección de que lo que causa la guerra es más bien la despoblación: ¿habría sido atacada por Alemania tres veces en setenta años, si hubiera conservado la hegemonía demográfica en Europa que tenía en otros tiempos? En cambio, la política poblacionista de la U. R. S. S., que se acerca a los 200 millones de habitantes, no es objeto de ninguna crítica, país que ha figurado entre los vencedores, también de régimen totalitario como los vencidos, país joven y prolífico, que establece para fomentar la natalidad los títulos de la madre heroica y la orden de la gloria materna. En cambio, existe la incomprensible ceguera de los anglosajones, que en estas circunstancias están predicando a Europa que practique la restricción de los nacimientos, que es lo mismo que cortarle a uno que ha subido a un árbol la rama en que se asienta.

En el Congreso Internacional de la Población celebrado en el verano de 1954, en Roma, fueron también los anglo-

sajones, junto con los escandinavos y algunos otros, los propagandistas convencidos de las ideas neomaltusianas; los partidarios de la limitación de los nacimientos afirmaron una vez más que la contracepción era una solución, y aun la única solución posible. Con todo, en el citado Congreso el maltusianismo no salió robustecido, sino más bien seriamente debilitado, por las declaraciones de numerosos economistas y sociólogos.

Los anglosajones y el neomaltusianismo en las regiones subdesarrolladas.

Hoy está en el tapete de las preocupaciones internacionales el problema demográfico y económico de los países insuficientemente desarrollados. Según Sauvy (*Biologie sociale*, página 207), se tienen cuatro tipos de población: países nuevos de población blanca o mestiza independiente y débilmente poblados (sobre todo América latina), países colonizados de poca población (casi toda el África no musulmana), países de vieja civilización y de densa población (Islam, Extremo Oriente), países de coexistencia entre blancos de origen europeo y autóctonos (África del Norte y del Sur).

Entre la casi totalidad de estos países y los países anglosajones se notan dos profundos contrastes. Los países mejor dotados cultural, técnica y económicamente, y, por tanto, mejor alimentados y de un elevado nivel de vida, entre los cuales ocupan los primeros sitios los países anglosajones, Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, Canadá e Inglaterra, son los que crecen con menos vigor, sobre todo si no se da un carácter de permanencia, como algunos fundamentalmente creen, al aumento reciente de natalidad. En cambio, los países subdesarrollados, de raza amarilla, negros, otros asiáticos y oceánicos, indios y mestizos sudamericanos, sufren casi sin excepción de una insuficiencia alimenticia crónica, mientras están creciendo con un ritmo enérgico y ascendente, llegando a unas muy elevadas cifras de natalidad.

Pero el contraste aparece más profundo entre los países subdesarrollados y los Estados Unidos, que poseen una economía dominadora y van aumentando considerablemente sus necesidades. Durante mucho tiempo Estados Unidos fueron exportadores de materias primas; hoy importan el 9 por 100 de las materias primas que consumen, y para 1975 piensan que este porcentaje se habrá elevado al 20 por 100. Con el 8 por 100 de la superficie del mundo y el 9,5 por 100 de la población mundial, Estados Unidos consumen el 60 por 100 de la producción mundial (cfr. Sauvay, ídem, pág. 215). Con este inmenso consumo, ¿les va a interesar el desarrollo económico de los países subdesarrollados, lo cual haría que estos pueblos consumiesen más materias primas? Por eso no es de maravillar que la política mercantil de los países desarrollados se oponga al crecimiento de la producción mundial de materias primas, acompañado de un progreso en el uso de estas materias. Existe una evidente contradicción entre el movimiento de progreso de producción de los países desarrollados y el movimiento de progreso de la población de los países subdesarrollados. Por eso no es de extrañar que los primeros, si no se atreven a retrasar voluntariamente el desarrollo de los segundos, por lo menos tomen una actitud que les oriente en este sentido. Por eso en Estados Unidos el conflicto es fatal entre los que buscan estas materias primas y los que desean aplicar con amplitud de vista el punto cuarto. Un notable aumento de la población pondría en peligro el dominio económico. La posición de la economía dominadora es delicada. No quiere hacer inversiones que afecten profundamente a sus condiciones de vida en sentido peyorativo o que no aseguren la rentabilidad suficiente. Si los territorios no desarrollados se elevan en número de habitantes, en desarrollo económico, en deseos de un nivel de vida mejor, acuciados por la percepción del contraste, hoy tan fácil por las comunicaciones, van a invocar fuertemente sus derechos a tener una mayor participación en el banquete mundial, lo cual no deja de preocupar a los convidados privilegiados de la situación actual.

Notestein, el conocido demógrafo norteamericano, lo ha dicho ya con toda sinceridad. "Lanzando un programa de modernización las potencias dominadoras actuales crearían de hecho un mundo futuro en el que sus propios pueblos se convertirían en minorías cada vez más pequeñas y poseerían una proporción cada vez más pequeña de la riqueza y del poderío mundiales."

El obrero norteamericano, que sabe que su nivel de vida es por lo menos veinte veces superior al del trabajador hindú o egipcio, tiene más que perder en una emancipación de las naciones subdesarrolladas que ganar con un reparto de las riquezas de un Ford o de un Rockefeller. Y el sindicalista inglés sabe que la pérdida del petróleo de Oriente Medio o del caucho y estaño de Malasia rebajaría más notablemente su nivel de vida que ventajas podría sacar del reparto de las riquezas de los Lord, hoy casi arruinados.

En esta coyuntura delicada se encuentra la posición clásica del dominante relativo: hay que limitar el número de los dominados o al menos su progresión. Si se descubriese, como dice Sauvy (*Théorie générale de la Population*, I, página 251), alguna planta esterilizante e inofensiva, no hay ninguna duda de que los discípulos de Vogt emprenderían serios esfuerzos para desarrollar su consumo. La gran réplica americana teme fuertemente al crecimiento de los países del Asia, África y aun América del Sur. La débil densidad de su territorio refuerza aún este sentimiento. No hay ningún demógrafo norteamericano que no ponga el acento sobre la gravedad de este problema, presentado de la misma manera por los cursos universitarios, las revistas de gran tirada, los digests, etc. La penuria relativa de materias primas, a buen precio, en Estados Unidos, y la obligación de ir a buscar a otras partes del mundo el petróleo, el cobre, el hierro, contribuyen de la misma manera a fomentar este temor. Así, sienten que es un deber suyo instruir a aquellos pueblos sobre los medios de disminuir su fecundidad de carácter animal, con el pensamiento altruísta de que no llegarán jamás a salir de su miseria mientras se den a una procreación descuidada e incontrolada; por otra parte, dada la creciente solidaridad mundial

y la verdadera evolución moral, hay que hacer algo por aquellas pobres gentes, y no se les puede dejar en su miseria, pues tarde o temprano los pueblos más desarrollados tendrán que hacerse cargo de ellos. Por eso interesa incitar a estas poblaciones a reducir su natalidad.

*Ejemplo de la influencia anglosajona
en el malthusianismo de los países
subdesarrollados*

El problema del considerable aumento de la población en Hispanoamérica comienza a preocupar a los economistas norteamericanos. En efecto: América del Sur y América Central se encuentran desde hace algunos lustros en un período de un crecimiento realmente portentoso, sin que este aumento de la población tenga su contrapartida en el aumento de los productos alimenticios, por lo que algunas economistas sugieren las soluciones neomalthusianas para alejar el fantasma del hambre.

En Puerto Rico, posesión territorial de Estados Unidos en el Caribe, se está aplicando ya una intensa política malthusiana. Se ha afirmado en un artículo bien documentado, intítulado "El calvario de Puerto Rico", que "la nación puertorriqueña está sufriendo el más atroz proceso de genocidio por que ha pasado un pueblo en el mundo", a causa de la legislación neomalthusiana implantada en 1937, que autoriza las prácticas clínicas y servicios anticoncepcionistas ante razones de salud, económicas e incluso "malas condiciones sociales", facilitando tales enseñanzas a quienes lo soliciten. Es un dato fehaciente el que cerca de 50.000 mujeres, casi el 10 por 100 de la población femenina adulta de Puerto Rico, han pasado de 1937 a 1947 por las citadas clínicas, pertenecientes al Departamento de Sanidad, y que la secta protestante norteamericana "Hermanos" dirige un hospital donde en el segundo trimestre de 1944 se esterilizó después del parto a no menos de 103 mujeres de las 121 asistidas.

Los "planificadores" norteamericanos, donde quiera se les consulta, preconizan la limitación artificial de los nacimien-

tos. En un informe redactado por el International Bank for Reconstruction and Development, con motivo de una encuesta en la isla de Ceilán, se divide a los países en tres categorías a), los evolucionados, donde la mortalidad y la natalidad son bajas debido a la aplicación consciente de los conocimientos científicos; b), la mayor parte de las regiones africanas, donde los nacimientos no son controlados y la mortalidad se ha reducido muy poco, y así el aumento de la población queda lento; c), otros países, como la India y Ceilán, donde las aplicaciones de la ciencia moderna provocan la baja del número de las defunciones, pero no se practica la "planificación familiar". Así, en Ceilán la tasa de defunciones, que era de 31,2 por 1.000 en 1921, ha pasado a 12,6 en 1950, mientras la tasa de natalidad ha quedado constantemente muy elevada, entre el 34 y el 41 por 1.000. Así la población crece rápidamente. Según dicho informe hay que poner un freno a este crecimiento rápido de la población, que es una amenaza para Ceilán; la limitación es necesaria y deseable para interés de padres e hijos; la acción del Estado es necesaria para conducir a los individuos a que caigan en la cuenta de sus responsabilidades. "Algunos objetan—prosigue el informe—que el *family planning* interfiere con las leyes de la Naturaleza. Pero en todos los proyectos de desarrollo, cuando se capta la electricidad, cuando se guía a los ríos, cuando se retrasa la muerte gracias a los medicamentos y a la medicina, intervenimos en el curso de las leyes de la Naturaleza. Otros consideran que es inmoral intervenir en los caminos de Dios. No hay cosa más inmoral que tener hijos a los que no se puede alimentar y vestir convenientemente y a los que se condena a una mala nutrición técnica. Algunas personas bien al corriente se documentan sobre las posibilidades de prevenir la concepción, pero tales conocimientos deberían ser puestos al alcance de todos. La educación de la higiene desde la escuela primaria hasta la educación sexual al nivel de los colegios deberían ser favorecidas para llegar a ello."

También en la India, donde de los 362 millones de habitantes, según el último censo, 25 millones no disponen sino de raciones alimenticias inferiores al nivel mínimo fisiológico,

el Pandit Nehru, de formación anglosajona, ha expresado su opinión favorable acerca de la adopción de medidas anticonceptivas, añadiendo que este proyecto es de gran trascendencia, tiene que ser preparado con tiempo y estudiado por una comisión de técnicos. Lo mismo piensan algunas personalidades indias de formación occidental. Por el contrario, el actual ministro de Sanidad, siguiendo las huellas de Ghandí, no es partidario de estos procedimientos.

Pero sobre todo en el Japón, desde la ocupación norteamericana, se ha andado a pasos agigantados por el camino de las prácticas neomaltusianas. Su fecundidad ha sido notable: 32,24 por 1.000 en 1932, 26,10 en 1939. En 1939 tenía cerca de 73 millones de habitantes, para subir a 82 495.000 en 1950. La natalidad fué de 34,54 en 1947. En 1949 se tuvo un aumento absoluto de 1.773.296 habitantes.

En los primeros años de la ocupación los Estados Unidos tenían que alimentar en buena parte a sus vencidos, y veían que éstos se iban multiplicando como la espuma. Muchos grupos protestantes ya comenzaron por justificar en el aspecto moral y religioso la limitación de nacimientos, que se presentaba como un acto de piedad para con una gente a la que sus escasos recursos prohibía un nivel de vida normal. Vinieron luego las presiones. El doctor Thompson, de la Administración norteamericana, decía: "El pueblo japonés no puede pretender que paguemos mientras no haga nada para resolver sus problemas." Los miembros de la Natural Resources Section, del mando aliado, aparecieron directamente empeñados en la campaña para la limitación de nacimientos. Dicho señor Thompson, llegado en enero de 1949 al cuartel general de Mac Arthur, desarrolló una intensa propaganda por varias provincias, no sin ejercitar una presión moral sobre las autoridades para que se decidiesen a tomar por sí mismas las iniciativas de cuanto patrocinaba. Añadía que sólo así la familia japonesa podría obtener la prosperidad, en contra de la política del Vaticano, "que constituye —decía— en este campo una amenaza sustancial a la libertad de palabra y al bienestar humano de muchos países". El

doctor E. Ackerman, profesor de Geografía de la Universidad de Chicago, consejero de dicha Sección, se pronunció también en un libro a favor de la limitación, aunque es verdad que debido a la protesta de las mujeres católicas dirigida a Mac Arthur, en que se decía que tal materia no caía dentro del ámbito prescrito a la ocupación, no se permitió la difusión de dicho libro ni se permitió la entrada en el país de Margaret Sanger, propagandista internacional de la limitación. Los peritos americanos le decían al Gobierno japonés en 1949 que el Japón sólo podía alimentar 64 millones, pero si crecía a aquel ritmo en 1968 contaría con 100 millones. Con fines de la misma propaganda visitó el Japón una «Misión para los problemas de salud y de población», de la fundación Rockefeller.

En general la prensa japonesa comenzó a mostrarse dócil a las indicaciones norteamericanas con un movimiento de inspiración extranjera enteramente ajeno a la mentalidad popular. Se ha leído en la prensa japonesa: "El Japón no puede permitirse la característica incongrua de tener una tasa de nacimientos oriental y una tasa de mortalidad occidental. Si la cultura científica del Japón y sus ideas de civilización moderna no le permiten conservar una tasa bochornosa de mortalidad oriental, no puede permitirse una tasa de natalidad oriental. La conclusión es inexorable: el Japón no puede escapar a la miseria, a la agonía y, en fin, a la muerte si no hace nada para parar el crecimiento de la población." El 8 de febrero de 1949 un editorial del *Nippon Times* reprochaba al Gobierno el que no hubiese formulado aún un programa demográfico preciso. "Es deber de las naciones—se decía—donde el problema ha alcanzado un grado particular de gravedad dar el ejemplo a otras estableciendo un programa verdaderamente científico." Todos estos y otros artículos fueron inspirados, si no escritos, por extranjeros.

Finalmente, bajo estas presiones, el Gobierno se decidió a mostrar a las otras naciones su buena voluntad (?), y ayudado por poderosos organismos privados, comenzó a hacer por el país una intensa publicidad en favor de las prác-

ticas anticoncepcionistas, y dió una legislación inicua, quizás nunca establecida en otros pueblos, aprobada, como tenía entonces que ser aprobada, por el Mando Aliado, el cual con una mera indicación la hubiera podido impedir.

En consecuencia, los fabricantes de productos anticoncepcionistas se lanzaron a una intensa propaganda: 20 productos fueron autorizados para la venta. Se ha seguido la relajación de costumbres, sobre todo en los jóvenes. Los abortos declarados en virtud de la ley de protección eugénica fueron 246.104 en 1949, 489.111 en 1950 y 636.524 en 1951. En una encuesta verificada en 1949 y 1950 entre 44.059 esposos, cuyas esposas no llegaban a los cuarenta y cinco años, se sacó que usaban las prácticas anticoncepcionistas 6.893, o sea el 13,4 por 100: en la ciudad, el 24,6 por 100; en los pueblos, el 18 por 100; en los pueblos agrícolas, el 12 por 100; en los montañeses, el 10,2 por 100, y entre los pescadores, el 7,3 por 100. En cuanto a la natalidad, se pasó del 33 por 1.000 en 1949 al 21,4 por 1.000 en 1953, o sea una disminución de más de una tercera parte sólo en cuatro años.

Los cristianos y no cristianos del Japón no pueden comprender cómo una nación que se quiere llamar cristiana y que apareció con el deseo de difundir los principios cristianos en el Japón, autorizando la venta de un millón de biblias, haya enviado peritos a los japoneses para enseñarles, en nombre de la ciencia y de la democracia, a violar la ley de la naturaleza y de su Creador. Todos los misioneros dan testimonio de que aun los no cristianos tienen repugnancia al empleo de estos métodos, no sólo por causa de las costumbres sociales y de la tradición, sino porque sienten que estas prácticas son intrínsecamente malas.

¿Cuál será el resultado de estas influencias exóticas en los países subdesarrollados? Parece a primera vista que una acción desarrollada en un "terreno preparado" habría de dar un resultado rápido; pero a veces el resultado es todo lo contrario. Los consejos para limitar el número de hijos pueden sorprender, herir o no ser tomados en serio. Si se dirigen

a un grupo, hasta pueden provocar una reacción violenta. Más de un intelectual de un país subdesarrollado, que reconoce la necesidad de la limitación, se opone a los consejos sugeridos por extranjeros sin las acomodaciones y matices necesarios. Cuanto más los norteamericanos y otros quieran reprochar amargamente la superpoblación a otro país y pidan el control de nacimientos como solución específica, tanto más los dirigentes de este país estarán prestos a negar la existencia misma de esta superpoblación. Toda propaganda interesada alcanzará, a pesar quizás de algunos éxitos momentáneos, todo lo contrario del fin pretendido. Davis Kingsley, en su obra *La población de la India y del Pakistán*, manifiesta su temor de que la propaganda de los métodos de limitación de nacimientos no dé el resultado apetecido.

La posición anglosajona ante la emigración.

Es natural que como medio para aligerar la población de los países subdesarrollados densamente poblados se piense en la emigración. Pero los pueblos anglosajones, así como ponen tesón en predicar el control de nacimientos a aquéllos, se oponen tenazmente a su emigración; cualquier solución menos ésa. Es inútil que se les diga que tienen que volver a examinar su legislación sobre la emigración. Sabidas son las leyes drásticas norteamericanas que impiden prácticamente toda inmigración de color, permiten en grandes cuotas la inmigración de anglosajones, cuotas que nunca se llenan, y admiten en pequeñísimas dosis la inmigración de otras razas. Sin duda que a Italia le hubiera interesado una buena rebaja de los cinco mil millones y pico de dólares que ha recibido, a cambio de una cuota mucho más alta de emigración a Estados Unidos. Se da el absurdo de que los países anglosajones, de muy poca densidad, de mucha tierra y pocos hombres, como Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, Canadá, permiten en grande la inmigración procedente de países anglosajones, que no tienen ninguna necesidad, al menos urgente, de emigrar, y la niegan a los que acuciadamente la

necesitan. El mismo Thompson antes mencionado, en 1929 ya exhortaba a Australia a admitir japoneses, al menos en sus zonas tropicales, donde cabrían de 25 a 50 millones, y un número más alto de chinos.

Por su parte, decía recientemente el informe de la Comisión de la Población de Inglaterra que la petición de inmigrantes anglosajones en los países de la *Commonwealth* era superior a las disponibilidades de gente que Gran Bretaña puede garantizar.

No se puede negar que una emigración fuerte, procedente de los países subdesarrollados de población densa, como convendría para su alivio, estaría sujeta a serias dificultades de distinta índole. Pero muchas razones sacadas de la imposibilidad de realizar tal designio aparecen débiles. Una empresa de esta naturaleza habría de tener un desarrollo progresivo. Se rechaza porque se dice que ello no sería una solución total del problema. La prisa con que se rechazan las ventajas de la solución, aunque graduales y parciales, induce a sospechar que entran en juego otras razones no confesadas, pero reales. Hay pueblos que sin más espacio vital no pueden resolver sus problemas; para ello se necesita la cooperación de los demás pueblos; aquéllos tienen derecho a presentar su problema ante el tribunal de la conciencia mundial. Este recurso, hoy, prácticamente, se les está negando. Se les dice de parte de un "eminente" demógrafo norteamericano, Notestein: "La emigración no dominaría el crecimiento de la mayor parte de las regiones de alta presión demográfica en el estado actual de la evolución. Sería deplorable derrochar los espacios libres del mundo de una manera que no haría más que agravar los problemas futuros de adaptación." Pero con más sinceridad se expresa el citado Dr. Thompson: "El uso incontrolado de los preservativos amenaza con costar a las naciones que han seguido más que las otras los dictámenes de la ciencia su predominio político y económico. Temen que un día más o menos lejano los pueblos de color suplanten a los blancos, rompiendo el equilibrio demográfico, político, militar y comercial, hoy en sustancia favora-

ble al occidente. La actual política antiinmigratoria de aquellos países, que hasta podrían evitar el inconveniente de la mezcla de las estirpes en el ámbito del propio territorio, tienden a detener, o al menos a no secundar, una desproporción de fuerzas en fatal aumento, de modo que se mantenga el *statu quo* en que conservan su posición dominante."

¿Se encargará Rusia de resolver el problema??

El optimismo soviético sobre la población.

Hoy solamente dos fuerzas combaten la mentalidad maltusiana: el catolicismo y el marxismo, por motivos muy distintos. El marxismo tiene una tradición optimista respecto del problema de la población y las subsistencias.

Marx se burló de los economistas liberales de su tiempo que tenían miedo a la vida: "La falta de necesidades como principio de la economía política (entended "liberal") se muestra de la manera más clara en su teoría de la población: ¡hay demasiados hombres! La existencia del hombre es por sí misma un puro lujo, y si el obrero es «moral» será ecónomo en cuanto a la generación; la producción de hombres aparece como una miseria pública." Y decía también irónicamente: "Ricardó y Mill han hecho un gran progreso sobre Smith y Say, declarando la existencia del hombre... indiferente, aun peligrosa."

Hoy, para los comunistas, sus ideas sobre la población son una doctrina de combate: si hay superpoblación, ella se debe al régimen capitalista, que en vez de adaptar las subsistencias a la población, se empeña en subordinar la población a las subsistencias; por eso el maltusianismo es esencial al sistema capitalista. Los marxistas evitan plantear el problema de la población independientemente del régimen capitalista.

Por otra parte, los soviéticos ven que sus inmensos territorios no están superpoblados ni mucho menos, y por eso tienen mucho optimismo respecto del aumento futuro de su población. Es difícil calcular el crecimiento demográ-

fico de la Unión Soviética, porque el último censo es de 1939 y las últimas estadísticas de nacimientos y defunciones datan de 1926. Sabidas son las fases por que ha pasado la política de la población en el interior de Rusia. Si al principio hubo facilidades para la disolución moral, sobre todo respecto del divorcio y del aborto, desde 1936 se prohibió éste y las prácticas anticoncepcionistas, se pusieron muchas cortapisas a aquél y desde 1944 la unión libre no es reconocida; se conceden subsidios familiares sustanciales. Se ha instituído toda una jerarquía de recompensas y medallas a favor de las madres con familia numerosa. En numerosos puntos la moral tradicional ha sido restaurada y aun reforzada. El pudor es riguroso y la virtud honrada. La libertad sexual es considerada como una forma de la decadencia burguesa. Las migraciones exteriores están prohibidas.

En estas condiciones no es de maravillarse que los soviéticos aparezcan como los debeladores del neomaltusianismo. Si Maltus afirmó que la miseria del pueblo venía de su número, Marx, al contrario, consideró la aparente superpoblación como una pura consecuencia de la propiedad privada. Hoy, para los autores inspirados en el marxismo, no hay nada que no sea exacto en los análisis de Vogt, que no hacen más que señalar las consecuencias ineluctables de la explotación del mundo según los métodos y el espíritu capitalista, con la erosión y la destrucción del suelo. Los remedios propuestos por Vogt y las tendencias restrictivas neomaltusianas son perfectamente características del mundo capitalista: un sistema basado en el provecho de algunos no puede ser sino locamente destructor o bien estrechamente restrictivo. La situación es distinta cuando se adopta la línea marxista: el sistema está entonces orientado hacia la distribución de los beneficios a las masas, se explotan racionalmente las riquezas y el desarrollo demográfico se realiza sin peligro para el equilibrio natural.

Así se explica que los demógrafos soviéticos se hayan negado a que en los textos elaborados por los peritos de las Naciones Unidas se incluyese la noción de una población

óptima. Para ellos el paro no puede existir en una economía colectivista; por eso no se puede reconocer la existencia de una población óptima en cuanto al empleo; el territorio soviético dispone de recursos naturales inexplorados tan considerables que la noción de una población óptima estática no les es sugerida por el medio. Desde la primera sesión de la Comisión de la Población de las Naciones Unidas, el delegado soviético, Rabinko, se opuso violentamente a esta teoría, al menos tal como se la concebía, y dijo que consideraba como bárbaro el que la Comisión pensase en una limitación de los matrimonios o de los nacimientos en el matrimonio, y esto para cualquier país y en cualquier época, añadiendo que con una organización social adecuada era posible hacer frente a no importa qué crecimiento de la población.

El mismo año, Vogelnik, representante de Yugoslavia, decía: "Vosotros, capitalistas, os negáis a planificar la economía y queréis planificar la población para adaptarla a vuestra economía anemiada; nosotros queremos, por lo contrario, adaptar la economía a la población."

Asimismo en el Congreso de la Población, de 1954, la delegación de los soviéticos y de sus satélites se opuso constantemente a la idea misma de la posibilidad de superpoblación. En las Naciones Unidas y en todas las asambleas internacionales los soviéticos rechazan todo proyecto de difusión de los procedimientos anticoncepcionistas en los países subdesarrollados, y presentan el malthusianismo como una doctrina de gentes anonadadas, sin espíritu de invención y de empresa, que se resisten a hacer sitio a otras.

Es verdad que la doctrina marxista sobre la población no es nada firme; es una doctrina de combate, una actitud necesaria que evolucionaría el día en que el único enemigo fuese el ambiente natural. Como los rusos no conocen la superpoblación absoluta, hasta más tarde no tienen por qué preocuparse por las soluciones malthusianas; en todo caso, avisarían cuando llegaran a ser dueños del terreno. De no triunfar en todo el planeta, el marxismo no planteará abiertamente los problemas de la población; más tarde solamente,

y bajo otro nombre, descubriría la necesidad de poner de acuerdo de alguna manera la natalidad con los progresos de la medicina. Además, la planificación generalizada de la economía crearía en el marxismo una mentalidad maltusiana.

Por otra parte, aunque los soviéticos combatan las ideas maltusianas, los obreros comunistas de los países burgueses son maltusianos de hecho; sin manifestar las mismas aprehensiones de los anarquistas contra la natalidad, a los que el mismo Sorel tuvo que reprochar la huelga de vientres como corrupción del movimiento sindicalista revolucionario, prácticamente en eso tan imitado las costumbres maltusianas de la burguesía, del socialismo reformista y de tantos otros sectores que han echado a andar por el camino del neomaltusianismo.

Pero de todos modos y entre tanto, se comprende la fuerza de atracción que pueda ejercer sobre pueblos jóvenes, que tengan conciencia de sí mismos y en plena expansión demográfica, una doctrina que se presenta con la certeza de poder asegurar a la vez el desarrollo de su población y la elevación de su nivel de vida, mientras explica las dificultades para la alimentación de unas poblaciones crecientes solamente por los defectos internos del régimen capitalista. Sauvy afirma (*Biologie sociale*, p. 213) que cuando dispone de los cuadros necesarios, el régimen comunista está mejor situado en los países subdesarrollados que el régimen capitalista para la transferencia necesaria de una parte importante de las rentas de la clase rica en forma de inversiones, condición indispensable para el desarrollo, y ello tanto más cuanto el subdesarrollo es incompatible con la democracia a la occidental. Y esta fuerza de atracción será tanto mayor cuanto más aversión tengan a la propaganda de la doctrina y prácticas maltusianas de los anglosajones. a los que quizá algún día acusarán de genocidas y de haber querido agotar la vitalidad de los pueblos de color, en lo cual ya tienen tradición, pues comenzaron por exterminar las razas autóctonas de sus territorios, como en Australia y Estados Unidos. Así no es

de extrañar que los jefes del comunismo internacional parecen haber adoptado una actitud expectativa respecto del Japón; allí el partido comunista se opone a la contracepción, se resigna a tolerar provisionalmente el aborto para limitar los nacimientos, pero espera construir en un próximo porvenir una sociedad en que las restricciones a la natalidad ya no serán necesarias.

Además, el día en que el marxismo dominase no andaría con remilgos, como los anglosajones, en cuestiones de emigración. Rusia está acostumbrada a hacer desplazar a decenas de millones de habitantes dentro de su territorio, y en los acuerdos de Postdam exigió el desplazamiento de 12 millones de habitantes en provecho de las potencias soviéticas. Rusia, por ejemplo, no tendría dificultad en transportar los millones de habitantes de Australia y de Nueva Zelanda, que son menos de los que se manejaron en dichos acuerdos, a los territorios anglosajones de Estados Unidos y del Canadá, donde ciertamente no pasarían las penalidades que han tenido que pasar los 12 millones de europeos echados de sus tierras porque así lo determinaron unos "grandes". Y con ello Rusia dejaría al Extremo Oriente para los habitantes de Extremo Oriente, fundando en aquellos inmensos territorios una Nueva India, una Nueva China, un Nuevo Japón, una Nueva Indonesia.

El pensamiento católico tiene hoy la misión de hacer brillar en el mundo los verdaderos principios sobre los problemas de la población en contra de la doctrina neomaltusiana y de la doctrina marxista. Los problemas indicados arriba sobre el desarrollo económico, la población y la emigración de los países subdesarrollados son problemas difíciles y complejos. La Jerarquía Eclesiástica de la India, del Japón, de Puerto Rico ha hablado ya solemnemente en contra de las corrientes maltusianas; la Jerarquía Eclesiástica de Australia y algunos obispos de Estados Unidos han hablado claramente de las obligaciones de sus países sobre la inmigración. Los sociólogos católicos no se pueden limitar a repetir los principios metafísicos y morales generales sobre los

problemas de la población, sino que han de aportar también soluciones concretas y eficaces, y ello supone mucha investigación y reflexión sobre la realidad de la situación.

Precisamente para 1956, el Instituto Católico de Estudios Religiosos y Sociales de Holanda, sección holandesa del Instituto Católico de Investigaciones Sociales, ha organizado un concurso con premios elevados para presentar estudios sobre los medios sociales, económicos y culturales, eficaces bajo el aspecto científico positivo y expuestos según la moral católica. para evitar que, durante el desarrollo de los países subdesarrollados, los cambios de estructura social les conduzcan a una desintegración moral y religiosa, antes, por el contrario, los encaminen a un bienestar humano integral.

MARTÍN BRUGAROLA, S. I.